

Y fué á acostarse, obedeciendo al expósito como al amo de la casa: tan cierto es que quien tiene buena cabeza y buen corazón manda en todas partes y tiene derecho á mandar.

XIX

Antes de poner manos á la obra, Francisco, una vez solo con Magdalena y Juanito, pues el mozalbete dormía aún en el mismo cuarto que su madre, fué á ver cómo dormía la enferma, y encontró que tenía mejor aspecto que á su llegada. Alegróse de pensar que no tendría necesidad de médico, que él sólo, por el consuelo que iba á darle, le salvaría la salud y la suerte.

Se puso á examinar los papeles, y pronto estuvo al corriente de lo que Severa pretendía, y de los bienes que á Magdalena le quedaban para contentarla. Además de todo lo que Severa había gastado y hecho gastar á Blanchet, aun pretendía ser acreedora de doscientas pistolas (1), y Magdalena no tenía mucho más, sumando sus propios bienes á la herencia dejada á Juanito por Blanchet, herencia que se reducía al molino y á sus dependencias: como quien dice el patio, la pradera, los edificios, el huerto, el cañamar y la arboleda, porque todos los campos y demás tierras se habían liquidado como nieve en manos de maese Blanchet.

(1) Dos mil francos.—*N. del T.*

¡A Dios gracias!, pensó Francisco, tengo cuatrocientas pistolas en casa del señor cura de Aiguranda, y suponiendo que yo no pueda hacer más, Magdalena conservará al menos su habitación, el producto de su molino y lo que queda de su dote. Pero creo que con menos se podrá salir del paso. Desde luego falta saber si los pagarés firmados por Blanchet á Severa no le fueron arrancados por medios ilegales, para hacer después una jugada con las tierras vendidas. Yo sé cómo se traman esas cosas, y, por los nombres de los compradores, mal será que no dé yo con el nido de los escudos.

El caso era que Blanchet, dos ó tres años antes de morir, en grande apuro de dinero y apremiado por malas deudas con Severa, había vendido bienes á bajo precio y á los primeros que se habían presentado, traspasando sus créditos á la Severa y creyendo des-embrazarse de ella y de los compadres que le habían ayudado á arruinarlo. Pero había sucedido lo que se ve á menudo en la venta al por menor. Casi todos los que se habían apresurado á comprar engolosinados por el buen olor de la tierra de pan llevar, carecían de dinero para pagarla, y á duras penas saldaban los intereses. Ello podía durar así diez, quince y hasta veinte años; era dinero á rédito para Severa y sus compañeros, pero mal colocado, y ella murmuraba contra el apresuramiento de maese Blanchet, temiendo no cobrar nunca. Así al menos decía ella; pero era otra especulación. El campesino, por mala que sea su

situación, paga siempre los intereses, por temor de que se le escape el pedazo que posee y que el acreedor no satisfecho puede quitarle.

Todos sabemos esto, y más de una vez sucede que nos enriquecemos al revés comprando bueno y barato. Por barato que sea, es demasiado caro para nosotros, los pobres. Tenemos más codicia que dinero, y nos matamos trabajando para cultivar un campo cuyo rendimiento no cubre la mitad de los intereses que el vendedor reclama; y cuando hemos cavado y sudado en él durante la mitad de nuestra pobre vida, nos encontramos arruinados, y sólo la tierra se ha enriquecido con nuestras fatigas y labores. Vale el doble, y ha llegado para nosotros el momento de venderla. Si la vendiéramos bien, nos salvaríamos; pero no sucede así. Los intereses nos han dejado tan exhaustos de dinero, que hay que darse prisa y vender á cualquier precio. Si nos resistimos, los tribunales nos obligan, y el primer vendedor, si aun vive, ó sus sucesores y herederos vuelven á tomar sus bienes tales como se encuentran; es decir, que durante largos años han colocado su tierra en nuestras manos al 8 y al 10 por 100, y la recuperan cuando vale el doble por efecto de nuestros cuidados, de un buen cultivo que no les ha costado trabajo ni dinero, y también por efecto del tiempo que siempre va dando valor á la propiedad. Así es que vamos siempre, los peces pequeños, á que nos coman los peces grandes que nos persiguen, y así vemos castigada nuestra codicia y nuestra simpleza.

De este modo Severa tenía su dinero colocado mediante hipoteca sobre su propia tierra, y á buen interés. Mas no por eso dejaba de tener bajo sus garras la herencia de maese Blanchet, porque le había trasteado de tal manera que se había constituido fiador de los compradores de sus tierras, respondiendo por ellos del pago.

Al ver todo aquel mangoneo, Francisco pensaba en la manera de recuperar las tierras á bajo precio sin arruinar á nadie, y dar un buen chasco á la Severa y á sus compadres haciendo fallar su especulación.

La cosa no era fácil. Tenía dinero bastante para recuperarlo casi todo al precio de venta. Ni la Severa ni nadie podía negarse al reembolso: á todos los que habían comprado les convenía vender cuanto antes y evitar su ruina futura; porque, tenedlo entendido, jóvenes y viejos que me escucháis, una tierra comprada á crédito, es una patente de mendicidad para la vejez. Pero por más que os diga, no curaréis de la enfermedad compratoria. Nadie puede ver al sol el humo de un surco labrado sin tener el deseo febril de poseerlo. Y esto es lo que temía Francisco: la fiebre del campesino que no quiere desprenderse de su terruño.

¿Conocen ustedes el terruño, amigos? Hubo un tiempo en que se hablaba mucho de él en nuestras parroquias. Se decía que los antiguos señores nos habían atado á eso para hacernos morir á fuerza de sudar, pero que la Revolución había cortado la cuerda y que ya no tirábamos como bueyes del arado del amo; la

verdad es que nosotros mismos nos hemos atado á nuestro propio arado, y que sudamos lo mismo y que morimos trabajando de la misma manera.

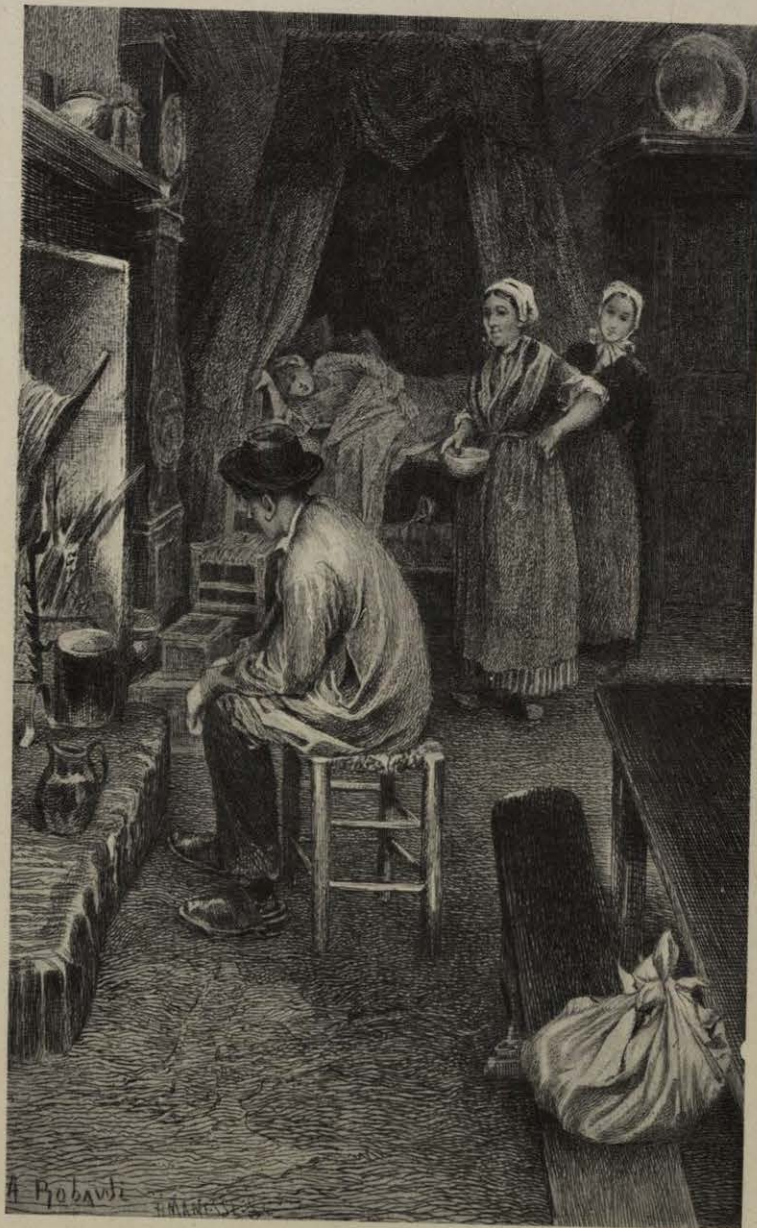
El remedio, según dicen los amos de nuestra casa, estaría en no tener nunca necesidad ni deseo de nada. Y el domingo pasado contesté á uno que me predicaba eso muy bien, que si nosotros, los pobres, pudiésemos ser bastante juiciosos para no comer nunca, trabajar siempre, no dormir, y beber agua clara, con tal de que las ranas no se incomodasen, llegaríamos á hacer buenos ahorros, y nos colmarían de elogios por nuestra buena conducta.

Siguiendo la cosa como ustedes y yo, Francisco el expósito se devanaba mucho los sesos en busca del medio de decidir á los compradores á venderle las tierras. Y el que al fin encontró, fué el de soplarles al oído una buena mentirilla: que la Severa sólo era rica en apariencia; que estaba acribillada de deudas, y que el mejor día sus acreedores iban á hacerle embargar todos sus bienes y todos sus créditos. Les diría la cosa confidencialmente, y cuando los tuviera bien asustados, haría maniobrar á Magdalena Blanchet con su dinero para adquirir las tierras al precio de venta.

Sin embargo, le remordió la conciencia por semejante mentira, hasta que se le ocurrió la idea de hacer á cada uno de los pobres compradores una pequeña ventaja en compensación de los intereses que ya habían pagado. Y de este modo, haría entrar á Magdalena otra vez en posesión de lo suyo al mismo tiempo que

salvaría á los compradores de toda ruina y perjuicio. En cuanto á la Severa y al descrédito que su ardid podía ocasionarla, no tuvo remordimiento alguno. La gallina puede muy bien probar de quitar una pluma al mal pajarraco que le ha desplumado sus polluelos.

En esto Juanito despertó y se levantó muy quedo á fin de no turbar el reposo de su madre; y, después de haber dado los buenos días á Francisco, fué sin pérdida de tiempo, á avisar á los demás parroquianos que el molino estaba arreglado y que en él había un buen molinero.



—PERO, DIJO MAGDALENA MIRANDO AL EXPÓSITO, ¿NO ES JUANITO EL QUE ESTÁ AHÍ?